

*Fundamentos en humanidades*  
Universidad Nacional de San Luis  
Año II - N° I (3/2001) / pp. 189 - 201

## ¿Neoliberalismo o antiliberalismo clerical?

**Angel Rodriguez Kauth**  
Universidad Nacional de San Luis  
e-mail: [akauth@unsl.edu.ar](mailto:akauth@unsl.edu.ar)

### Resumen

El propósito de la presente nota es poner en descubierto la estrategia utilizada por el clericalismo al desprestigiar al liberalismo a través de sus constantes ataques a la forma perversa de aquél, cual es liberalismo económico. Actualmente la responsabilidad de todos los males que sufren los pobres es del "neoliberalismo", con lo cual se esconde al verdadero responsable de tales situaciones, que es el capitalismo. La iglesia católica - desde la Ilustración - ha considerado al liberalismo como su principal enemigo y hoy lo ataca indirectamente. Lo peor es que gente de la izquierda se presta a tal juego.

### Abstract

The purpose of this note is to throw light into the clerical strategy to diminish liberalism's prestige by means of its attacks to liberalism's perverse form, economic liberalism. "neoliberalism" is nowadays said to be responsible for all miseries suffered by poors, and as result the true responsible for those miseries, capitalism, gets hidden. Since the Enlightenment the catholic church has considered liberalism as an enemy and today it attacks it indirectly.

Las crisis políticas, de cualquier tipo que sean, traen aparejadas como efectos secundarios -entre otras consecuencias- una fuerte confusión de las

## fundamentos en humanidades

ideas y los conceptos que han acompañado hasta ese momento a los protagonistas de la historia, es decir, los hombres. Cuando se hace referencia a la profunda crisis económica que está viviendo el mundo contemporáneo, las dramáticas vivencias sufridas por los daños infligidos a grandes sectores de la población - que le son atribuidas al proceso de globalización - como son el hambre, la miseria habitacional, la insalubridad o la desocupación, siendo esta última la fuente principal de las anteriores, entonces trae como consecuencia - en la confusión generalizada de las ideas- que a más de un analista se le ocurra atribuir culpas a entidades o a “fantasmas” inexistentes.

Para el caso que aquí trato -a mi juicio- eso es lo que está ocurriendo con el gran fantasma apocalíptico, al que rápida y alegremente se ha calificado de “neoliberalismo”, quien es el que ha terminado por ser el responsable de todos los males que estamos sufriendo en las sociedades contemporáneas, sean éstas desarrolladas o no lo sean. Lo cual es, a mi entender, un craso error que puede llevar a confundir quién es el auténtico enemigo de los individuos y de los pueblos. Con buen criterio señala Felipe Giménez (2000) que

*“Es menester no confundir liberalismo con neoliberalismo. El neoliberalismo es un liberalismo heterodoxo, desgajado del tronco principal de la ideología burguesa del que procede, el liberalismo”* (Gimenez, 2000).

Sin embargo, entiendo que el autor desenfoca el problema cuando hace adjudicaciones erróneas, las que expresa inmediatamente de la siguiente manera:

*“Este liberalismo que es el neoliberalismo es propio del Estado de bienestar, oponiéndose al liberalismo clásico contemporáneo y forma parte de los tres pilares del Estado del Bienestar implantado en los países capitalistas más desarrollados después de 1945. Estos tres pilares son: la democracia cristiana, la socialdemocracia y el neoliberalismo”* (Gimenez, 2000).

Como ya veremos, tales afirmaciones no son precisamente exactas, ya que el Estado de Bienestar, surgido en EEUU, luego de la Gran Depresión, fue duramente atacado por los modernos neoliberales, tales como M. Friedman (1999) y Schumpeter (1966) entre otros.

La estrategia de enfocar los problemas que atravesamos de tal manera equívoca, como la señalada en el primer párrafo por Giménez, resulta fácil para el discurso demagógico de barricada, de un facilísimo equívoco que lo único que logra es desenfocar y confundir los problemas, no solamente los conceptos sino que, lo que es mucho peor, a quienes son los agonistas de los antagonistas en las luchas por corregir y mejorar las condiciones generales de vida de la población. Es decir, sin tener en cuenta que el objetivo último al que debe servir la economía es para ser instrumentada como un proyecto político de ciudadanía y de mundo pero, no del modo en que ocurre en la contemporaneidad, dónde la política ha sido puesta al servicio de la economía. Si se quiere, metafóricamente dicho, se ha puesto el caballo detrás del carro. De alguna manera se han invertido los órdenes de los conceptos - lo que no es sinónimo de haberlos subvertido- ya que es el caballo el que debe tirar al carro y no al revés, empujarlo. En definitiva, que el término *neoliberalismo* ha venido a suplir el papel de victimario que ha tenido desde Marx en adelante el término *capitalismo*. Este y no otro es el responsable de las penurias mencionadas anteriormente, en todo caso, es preciso hablar de imperiocapitalismo (Rodríguez Kauth, 1994) para interpretar el sentido simbiótico en que se han unido el capitalismo y el imperialismo, pero jamás llamarlos neoliberalismo.

Al liberalismo, como tal, es preciso considerarlo desde -al menos- tres ópticas: política, económica y filosófica; aunque esta última siempre ha de estar presente de manera necesaria en las otras dos. La perspectiva política tiene un fundamento filosófico incuestionable para todo aquél que ame la libertad, esto es, el liberalismo político tiene como premisa principal de su discurso, abogar por el desarrollo y profundización de las libertades personales o individuales y, logradas las mismas, entonces apunta al progreso de la sociedad como un todo necesario e indivisible que facilita la profundización de las libertades individuales. Esto no significa sostener una posición individualista: lógica -y empíricamente se comprueba- ninguna sociedad puede progresar en los aspectos materiales o no materiales si sus miembros no son libres, si deben vivir como esclavos de una forma política autoritaria de gobierno o bajo las presiones de persecuciones ideológicas. Se podrá argumentar que existieron casos en que así ha ocurrido, pero se olvida que los mismos fueron -afortunadamente- de corta duración en el tiempo. Ya sea por agentes externos o internos, el siglo XX ha visto desaparecer -con rapidez, aunque no la suficiente como para que no tuvieran tiempo de cometer excesos aberrantes contra los derechos humanos y las libertades individuales- a dos de los

máximos exponentes del antiliberalismo: por causas externas al nazismo y por reacciones internas al stalinismo.

En la actualidad, el objetivo político de lo que se denomina peyorativamente “neoliberalismo” es la forma democrática de gobierno, aunque preciso es tener presente que la definición que hacen de democracia está estrechamente ligada al llamado liberalismo económico. De tal suerte, los políticos “neoliberales” nunca condenaron con suficiente energía a las dictaduras que han existido y que existen, mientras éstas les hayan sido convenientes a sus intereses económicos, financieros y bursátiles, tal como ocurrió en América Latina con la preparación militar en la Escuela de las Américas -Panamá- durante las décadas de los '60 hasta los '80 (Rodríguez Kauth, 1998). Asimismo, en el pasado algunos liberales se oponían a la forma de gobierno democrática, ya que alentaba en demasía la participación de las masas en el quehacer político. Evidentemente que no se trataba de auténticos liberales y, algunos de ellos como fue W. Pareto (1987), aprovecharon el auge del fascismo para saltar de la forma más expresiva del liberalismo -cual es el anarquismo- en dirección al naciente fascismo que surgía en Italia de la primera postguerra.

Resulta interesante anotar que cuando en algún país o Estado se encuentran separados los ámbitos de influencia de los sistemas políticos y religiosos, entonces las condiciones propuestas por el liberalismo implican la búsqueda de modificaciones en los espacios políticos y económicos<sup>1</sup>. En cambio, aquellos Estados abiertamente confesionales, como pueden ser Argentina, Inglaterra, Irán o Bolivia, o bien encubiertamente adheridos a una confesión como es el caso de Italia, España, Brasil, Costa Rica, Israel, etc., sucede que el liberalismo históricamente ha construido una fuerte alianza con el anticlericalismo. Tal asociación no es casual, surge como consecuencia de la preeminencia del clericalismo -o del Partido Eclesiástico (Rodríguez Kauth, 1999)- en los asuntos internos del Estado. En definitiva, que el anticlericalismo se define por su opuesto, es decir, el clericalismo como forma de relacionar al gobierno civil con las esferas de poder eclesiales. En el Siglo XXI esto se hace patente en el Estado de Israel, dónde la influencia de la Iglesia judía ha llegado a ser tan fuerte que destituye gobiernos -laboristas, con pretensiones bien disimuladas de liberales- para imponer en su lugar gobernantes de raigambre religiosa.

---

<sup>1</sup> Esta situación de divorcio total entre los poderes terrenales y sobrenaturales no suele ser muy habitual, ya que normalmente existe una fuerte correlación positiva entre los poderes económicos, políticos y religiosos (Rodríguez Kauth, 2000).

En realidad, la voz anticlericalismo es de uso relativamente reciente - alrededor de 1875- y fue usada, en principio por los librepensadores -a finales de la primera mitad del Siglo XIX- para hacer referencia a las ambiciones de poder de los clérigos en general y de la Iglesia Católica en particular. En concreto, fue en las Cortes de Cádiz, donde pareciera que se la utilizó por primera vez para hacer referencia a quienes se oponían al autoritarismo monárquico y su asociación con la Iglesia. Asimismo, no fue casual que donde más se utilizara el término fuese en Francia, ya que el Segundo Imperio buscaba abiertamente la colaboración y expresa adhesión de la Iglesia y sus dignatarios. Esto ya lo había obtenido el golpe de Estado instrumentado a través de Pío IX, quien orientó a El Vaticano hacia una política intransigente, no sólo en lo dogmático, sino también en las domésticas cuestiones políticas de lo terrenal. Estos dichos no son producto de un afiebrado ateísmo que me recorre, puesto que lo mismo ha sido expresado adecuadamente por un autor católico (Rémond, 1985), cuando señaló que

*“El anticlericalismo surge pues como una reacción de la prensa liberal y de las fuerzas democráticas contra la alianza del clero con el poder político y el alineamiento de la religión con los principios conservadores”*  
(Rémond, 1985).

Pese a lo interesante y objetiva de la anotación hecha por Rémond, en la cita transcrita no puede dejarse de anotar la referencia hecha -quizás sin intenciones equívocas- a la “prensa liberal”, como una forma de expresar la antinomia entre clericalismo y liberalismo. Este es un argumento utilizado en demasía por la Iglesia que, ante lo que denomina “prensa liberal”, se ha venido ocupando intensamente por el control de los medios de comunicación social, tal como ha definido a los medios masivos de comunicación.

Es que el clericalismo ha sido -y continúa siendo- una suerte de fundamentalismo, no solamente en lo dogmático, sino que a partir de tales consideraciones teológicas extiende sus concepciones absolutistas al resto de los hechos sociales y personales. Por ejemplo en el ámbito de la moral; el clericalismo es intolerante con una moral no religiosamente dogmática - cualquiera sea desde donde se hace el testimonio- mientras que el liberalismo, a través de la obra de los librepensadores que lo nutren desde hace años, propone una moral sin dogmas, libre de compromisos con un sistema perverso de premios y castigos. Ya esto en la antigüedad clásica, lo había señalado el poeta romano Lucrecio, quien medio siglo antes de la llegada del cristianismo,

llamó la atención acerca de que la religión era un sistema de pensamientos y sentimientos constituido por amenazas y promesas, basadas en el miedo de la gente “al más allá”. Más contemporáneamente, proposiciones semejantes respecto a separar el cumplimiento de los deberes morales del espacio religioso, lo ha hecho, entre muchos otros, el inglés C. Darwin (1993), el ítaloargentino J. Ingenieros (1960), la filósofa política judía alemana H. Arendt (1987), el alemán E. Fromm (1962) y la filósofa española E. Guisán (1993) y, sin dudas, se me quedan muchos otros nombres dentro del ordenador para ejemplificar. En general, los librepensadores han intentado romper con la moral maniquea de la religiosidad, no solamente el orden moral y ético se divide en lo “bueno” y lo “malo”, como sinónimos de lo divino y lo diabólico, sino que existen zonas grises que no pueden ser leídas dentro de tales estrechas limitaciones de tipo intelectual. Y es en éste punto dónde aparece la ética de la responsabilidad, que va mucho más allá de la de la ética de la mera convicción (Weber, 1962), que es precisamente la base de la ética religiosa, en dónde las cosas deben hacerse bien porque se está obligado a ello y se cree - por la convicción de la fe- que así debe hacerse.

De este largo listado, es preciso rescatar lo que se refiere a lo sucedido en los países “ataduras” religiosas, ya que en ellos es dónde mayor auge ha tomado la costumbre de calificar peyorativamente al neoliberalismo, poniendo en una misma bolsa de desperdicios a los liberales políticos y a los económicos, cuando las diferencias que los separan, en términos filosóficos, son enormes y poco tienen que ver entre sí, más allá del uso de la raíz de un adjetivo calificativo común: liberalismo.

En tal sentido, la pensadora Victoria Camps (1999) se expresa con total claridad, cuando señala que el propósito del liberalismo es “... *hacer política cuyo objetivo ético primordial y tal vez único es la protección de las libertades individuales*”. Para ella la diferencia entre un liberal sin adjetivos y un liberal social

*“... no estaría tanto en los fines cuanto en los medios para alcanzar los fines [...] Es el ‘como se hace’ y no el ‘qué se hace’ lo que provoca diferencias entre las ideologías y las prácticas” (Camps, 1999).*

Es por todo esto - y mucho más- que el liberalismo ha sido considerado por las religiones como de orden satánico, algo diabólico en el que se ha encarnado el demonio, lo cual lleva a las religiones, en la actualidad, a utilizar a sus socios neoliberales económicos - sobre todo en las Iglesias cristianas- para anatemizar

una forma de expresión libre de las ideas y de un profundo amor por la libertad, como lo ha testimoniado siempre el liberalismo que ha acompañado toda forma de expresión popular que esté en la búsqueda de romper las cadenas de la opresión intelectual y hasta corporal. En este sentido, la propia dirigente comunista alemana Rosa Luxemburgo (1999) puede ser considerada como una liberal, ya que ella se oponía tenazmente a toda forma de dictadura, inclusive la del proletariado.

Si desde los discursos progresistas, o pretendidamente de avanzada, se habla en términos de (neo) liberalismo haciéndolo con sentido peyorativo, como el culpable y responsable de nuestros males actuales, es debido -desde una lectura lógica- a que ha habido un liberalismo anterior que ha tenido las mismas características perversas que se le adjudican al rejuvenecido liberalismo que ha hecho su entrada en escena con un nuevo mote acusador y denigrante, como es el de “neoliberalismo”. Y el liberalismo -como filosofía política, no económica- nunca puede ser acusado de perverso o falaz, salvo que quien lo haga haya decidido transitar por posiciones políticas autoritarias y antidemocráticas.

Vayan un par de ejemplos del siglo XX, uno de ellos en Argentina, para observar que la cúpula eclesial ha responsabilizado al liberalismo de los climas de lo que ella considera “desorden” social y político. En 1936, luego de realizado el funeral público de Gardel en Buenos Aires, monseñor Franceschi publicó en la revista católica *Criterio* -que él dirigía- una extensa nota sobre el episodio, cuyo texto fue reproducido por Rodríguez Molas (1999). en la misma, luego de denostar contra el popular cantante porteño, acusándolo entre otras cosas de no ser argentino, ya que había nacido en Francia y, era desertor de su Ejército, además de ser un “vividor de mujeres”, jugador y borrachín. Luego de tal sarta de denuestos contra una muerte, poco antes de finalizar su crónica dice, refiriéndose a la complicidad gubernamental frente a las ceremonias públicas que:

*“Pero es ciertísimo que si los encargados del orden toleran cuando desordena un país, si el pasquinismo, el afán de lucro, la complaciente de la debilidad y la bobería pueden coaligarse para poner a un fabricante de tangos a la par de un héroe, y se cree que los **sacrosantos principios liberales** han de seguir informando nuestras leyes, y que han de aplicarse a ellos la frase de ‘perezcan las colonias pero sálvense los principios’, la tarea positiva de reconstrucción se torna casi imposible y el país marcha hacia las peores catástrofes”* (Rodríguez Molas, 1999, las negritas son mías).

## fundamentos en humanidades

Sin dudas que para Monseñor Gustavo Franceschi el liberalismo que él decía que reinaba en el país, era el responsable de tales desatinos.

El segundo ejemplo viene de la España católica y con resabios de franquismo. Como prueba de lo que afirmo acerca de que el catolicismo ha considerado al liberalismo como de orden satánico, no hay más que remitirse al texto que en 1848 escribiera Félix Sardá Salvany - con bendición apostólica incluida por el Papa León XIII, también llamado el Papa Social<sup>2</sup>- y que posteriormente tuviera varias reediciones más. Al definir al liberalismo, Sardá dice que

*“En el orden de las ideas es un conjunto de ideas falsas; en el orden de los hechos es un conjunto de hechos criminales, consecuencia práctica de aquellas ideas”* (Sarda, 2001).

No deja de ser interesante que luego de tan agravante definición - que no es del tipo lógico, aunque lo pretenda con el párrafo final, sino de tipo ideológico- Sardá continúa definiendo con precisión lo que es el liberalismo para los católicos diciendo que:

*“Principios liberales son: la absoluta soberanía del individuo con entera independencia de Dios y de su autoridad; soberanía de la sociedad con absoluta independencia de lo que no nazca de ella misma; soberanía nacional, es decir, el derecho del pueblo para legislar y gobernar con absoluta independencia de todo criterio que no sea el de su propia voluntad, expresada por el sufragio primero y por la mayoría parlamentaria después; libertad de pensamiento sin limitación alguna en política, en moral o en Religión; libertad de imprenta, asimismo absoluta o insuficientemente limitada; libertad de asociación con iguales anchuras. Estos son los llamados principios liberales en su más crudo radicalismo”* (Sarda, 2001).

Pues bien, queda demostrado que no es un delirio sostener que para el catolicismo la libertad de imprenta es una exageración, que la soberanía individual y nacional es casi una perversión y que el sufragio popular no entra en sus cánones, aunque actualmente los tenga que reconocer, aunque sea a regañadientes y para no quedar descolgados de la historia.

---

<sup>2</sup> El que llegara a mis manos gracias a la “magia” contemporánea de Internet, ya que algunos fieles católicos ultramontanos lo están distribuyendo gratuitamente por la red de navegantes.

Continúa Sarda con sus imprecaciones, diciendo que el liberalismo “... es el racionalismo individual, el racionalismo político y el racionalismo social”. Vale decir, en su propia argumentación, el liberalismo es la antítesis del irracionalismo religioso que defiende. Por eso:

*“Derívanse de ellos la libertad de cultos más o menos restringida; la supremacía del Estado en sus relaciones con la Iglesia; la enseñanza laica o independiente sin ningún lazo con la Religión; el matrimonio legalizado y sancionado por la intervención única del Estado: su última palabra, la que todo lo abarca y sintetiza, es la palabra secularización, es decir, la no intervención de la Religión en acto alguno de la vida pública, verdadero ateísmo social, que es la última consecuencia del Liberalismo”* (Sarda, 2001).

Es evidente, según las palabras de este católico que fuera avalado por El Vaticano, el Estado secular es una institución peligrosa, más aún, el único Estado deseable es el que se encuentra bajo la férula de los curas, es decir, del clericalismo a ultranza.

Asimismo, sostiene nuestro autor que en los hechos la satánica doctrina liberal está inspirada por aquellos principios. Para lo cual ejemplifica con

*“... la expulsión de las órdenes religiosas; los atentados de todo género, oficiales y extraoficiales, contra la libertad de la Iglesia; la corrupción y el error públicamente autorizado en la tribuna, en la prensa, en las diversiones, en las costumbres; la guerra sistemática al Catolicismo, al que se apoda con los nombres de clericalismo, teocracia, ultramontanismo, etc.”* (Sarda, 2001).

A confesión de partes, relevo de pruebas: se trata de un portavoz oficial de lo clerical, teocrático y ultramontano. Así, no deja de criticar a los demagogos que peroran en las calles - bien se olvida de los que lo hacían en los púlpitos- como de:

*“... la mano codiciosa que roba la dote de la monja o se incauta de la lámpara del altar desde el libro profundo y sabihondo que se da de texto en la universidad o instituto...”* (Sarda, 2001).

## fundamentos en humanidades

Considera la práctica liberal como

*“... un mundo completo de máximas, modas, artes, literatura, diplomacia, leyes, maquinaciones y atropellos enteramente suyos. Es el mundo de Luzbel, disfrazado hoy día con aquel nombre y en radical oposición y lucha con la sociedad de los hijos de Dios, que es la Iglesia de Jesucristo”* (Sarda, 2001).

No es necesario aclarar la razón de que dijésemos que el liberalismo era diabólico, ya lo hizo Sarda. Y por ser diabólico, considera que el liberalismo es - al considerarlo una doctrina- un *“... pecado grave contra la fe, porque el conjunto de las doctrinas suyas es herejía”*, llegando a considerarlos una infracción de la ley de dios y de su iglesia. Lo considera una herejía debido a que niega un dogma de la fe cristiana. La negación surge cuando el liberalismo supone *“... la independencia absoluta de la razón individual en el individuo, y de la razón social, o criterio público, en la sociedad”* (Sarda, 2001). A lo que hay que sumar que también el liberalismo niega la jurisdicción absoluta de Cristo dios sobre los individuos y las sociedades. Y, lo más grave es que niega *“... la necesidad de la divina revelación”*, como también niega *“... el magisterio infalible de la Iglesia y del Papa”* (Sarda, 2001), ya que los encuentra opuestos al racionalismo. Pero continúa abundando en las razones de porqué es pecado ser liberal, ya que se admite la igualdad de cultos, cosa que para el ultramontanismo es tan disparatado como lo es en la actualidad para el fundamentalismo islámico; para ellos existe una sola religión; la de ellos. Las otras deben ser combatidas por falaces hasta su destrucción -cosa que no me parece mala idea- aunque en tal destrucción incluyen a los portadores del culto, lo cual las convierte en genocidas. No acepta la institución del matrimonio civil en lugar del santísimo matrimonio eclesiástico y mucho menos que se ponga en dudas la infalibilidad del Pontífice. Pero aquí no terminan sus dislates, considera al liberalismo de radical inmoralidad ya que destruye la regla eterna de dios imponiendo la humana y, lo que es más inmoral, se canoniza el principio de la moral independiente, aquello de la moral sin dogmas, a la que entiende como una moral sin ley, que en definitiva -para él- no es moral. Por todo ello concluye que el liberalismo es pecado mortal, en razón de que el pecado más grave de todos es contra la fe ya que:

*“... la fe es el fundamento de todo orden sobrenatural; el pecado es pecado en cuanto ataca cualquiera de los puntos de este orden”*

## fundamentos en humanidades

*sobrenatural; es, pues, pecado máximo el que ataca el fundamento máximo de dicho orden” (Sarda, 2001).*

Para dar mayor peso a sus afirmaciones cita a Tomas de Aquino y añade que el liberalismo es herejía en tanto y cuanto se “... *expresa contra una enseñanza de la fe*”. Agregando que:

*“De consiguiente (salvo los casos de buena fe, de ignorancia y de indeliberación), ser liberal es más pecado que ser blasfemo, ladrón, adúltero u homicida, o cualquier otra cosa de las que prohíbe la ley de Dios y castiga su justicia infinita” (Sarda, 2001).*

Así que señores, para la Santa Madre Iglesia es preferible un asesino al estilo Hitler, Pinochet, Franco o Videla que un liberal. ¿Será por eso que el Partido Eclesiástico auspició esas dictaduras durante largos años?.

Para Sarda, el liberalismo puede adoptar diversas formas, tales como escuela, secta o partido político; todas las cuales el teólogo cristiano debe estudiar. A partir de tal estudio, concluye que el liberalismo es uno solo constituido por un conjunto de errores encadenados, “... *motivo por el cual se le llama sistema*” (Sarda, 2001).

Dejando atrás estos dichos, hay que tener cuidado con confundir las ideas y los hechos, no todos los liberales políticos han sido necesariamente “progresistas”, dicho esto en un sentido revolucionario; por el contrario, la mayoría de ellos han sido conservadores y algunos hasta reaccionarios. El “progresismo” de ciertos liberales alcanzó solamente el ámbito del anticlericalismo, no incluyendo en su programa otros contenidos ideológicos que fueran más allá. Salvo los liberales que acompañaron a la Revolución Francesa, el resto pocos proyectos de cambios sociales y políticos tuvieron en sus carpetas. Inclusive, en el siglo XX, personajes progresistas y liberales destacados como fue J. Kennedy, jamás tuvieron ni una ideología ni una propuesta revolucionaria o radical, sus propuestas programáticas llegaban a una mejor redistribución de la riqueza -o de la pobreza, en algunos casos- y hasta alcanzaban a un criterio restringido de igualdades civiles. Más aún, otros progresistas -o que se habían nutrido en su base ideológica- terminaron produciendo políticas autoritarias, tal como lo podemos leer en la propia Revolución Francesa con su máximo adalid, Robespierre, o en la Unión Soviética con las figuras de Lenin y sus tenebrosos continuadores.

Es decir, no necesariamente los pensamientos y acciones progresistas conducen a una auténtica política liberal de respeto y protección de los

derechos humanos<sup>3</sup>, tanto individuales como colectivos. Lo más común fue que en aras de la defensa de los derechos colectivos se hiciese un avasallamiento de los derechos individuales ♦

### Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (1987) [Original : 1951]. *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid: Alianza.
- Camps, V. (1999). El liberalismo sin adjetivos, *Revista Telos*, Vol. VIII, Nº 2. Compostela.
- Darwin, C. (1993) [Original : 1882]. *Autobiografía*, Madrid: Alianza.
- Friedman, M. (1999) [Original : 1970]. *La Economía monetarista*, Barcelona: Altaya.
- Fromm, E. (1962) [Original : 1941]. *El Miedo a la Libertad*, Bs. As.: Paidós.
- Gimenez, F. (2000). Liberalismo y Neoliberalismo, en web *Iniciativa* (s/d).
- Guisan, E. (1993). *Ética sin Religión*, Madrid: Alianza.
- Ingenieros, J. (1960) [Original : 1917]. Hacia una Moral sin Dogmas. En *Obras Completas, Volumen 7*, Bs. As.: Mar Océano.
- Luxemburgo, R. (1999) [Original : 1919]. El orden reina en Berlín. *MIA* (soporte digital). [http: s/d](http://s/d).
- Pareto, W. (1987) [Original : 1916]. *Escritos Sociológicos*, Madrid: Alianza.
- Poupard, P. (1987). *Diccionario de las religiones*, Barcelona: Herder.
- Remond, R. Anticlericalismo. En Poupard, P. (1987). *Diccionario de las religiones*, Barcelona: Herder.
- Rodríguez Kauth, A. (1994). *Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda*, Bs. As.: C. E. A. L.
- Rodríguez Kauth, A. (1998). *Temas y Lecturas de Psicología Política*, Bs. Aires: Editores de América Latina.

---

<sup>3</sup> O “derechos de gentes”, como se les llamaba hasta principios del Siglo XX.

Rodriguez Kauth, A. (1999). Sobre el Partido Eclesiástico. *Revista Iniciativa Socialista*, N° 53, Madrid.

Rodriguez Kauth, A. (2000). Relaciones de la Psicología Política con la Economía y la Religión. *Revista de Psicología Política*, N° 20, Valencia.

Rodriguez Molas, R. (1999). Velorio y entierro de Gardel. *Revista Desmemoria*, N° 23 - 24, Bs. Aires.

Sarda I Salvany, F. (2001) [Original : 1848]. El liberalismo es pecado, (soporte digital). [http: s/d](http://s/d).

Schumpeter, J. (1996) [Original : 1942]. *Capitalismo, socialismo y democracia*, s/d: Folio.

Weber, M. (1967) [Original : 1929]. *El Político y el Científico*, Madrid: Alianza.